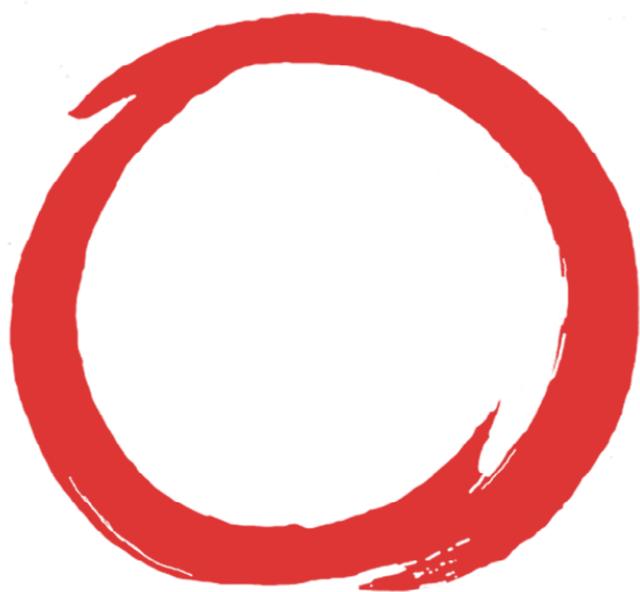


Raymond Roussel
LOCUS SOLUS

Maldoror ediciones



RAYMOND ROUSSEL

LOCUS SOLUS

Traducción: Jorge Segovia

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Locus Solus

Éditions Flammarion, París, 2005

© Primera edición: 2013

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia

ISBN: 84-934130-8-9

Maldoror ediciones

www.maldororediciones.eu

Locus Solus

CAPÍTULO I

Un jueves de comienzos de abril, el maestro Martial Canterel –mi ilustrado amigo–, acabó invitándome, con algunos de sus íntimos, a visitar el inmenso parque que rodeaba su espléndida villa de Montmorency.

Locus Solus –la propiedad se llama así– es un apacible retiro donde a Canterel le gusta proseguir con espíritu sereno sus diversos y fecundos trabajos. En ese *lugar solitario* se encuentra al abrigo de la agitación de París y, no obstante, puede igualmente ponerse en la capital en un cuarto de hora cuando sus investigaciones requieren que pase algún tiempo en una biblioteca especializada o, incluso, una vez llegado el momento de informar al mundo científico –a través de una concurridísima conferencia–, de algún extraordinario descubrimiento.

Es en *Locus Solus* donde Canterel pasa casi todo el año, rodeado de discípulos que, imbuidos de una apasionada admiración por sus constantes descubrimientos, lo secundan con fanatismo en la obra que lleva a cabo. La villa tiene algunas piezas lujosamente dispuestas como laboratorios modelo, donde se aplican numerosos ayudantes, y el maestro consagra su vida por entero a la ciencia, paliando sin esfuerzo, con su gran fortuna de soltero libre de cargas, cualquier dificultad material que pudiese originarse durante el curso de su absorbente tarea por mor de los objetivos que se impone.

Acababan de dar las tres. Hacía buen tiempo y el sol brillaba en un cielo casi uniformemente límpido. Canterel nos recibió no lejos de su villa, al aire libre, bajo unos añosos árboles que daban sombra a una confortable instalación de diferentes asientos de mimbre.

Tras la llegada del último invitado, el maestro se echó a andar a la cabeza del grupo, que lo acompañó dócilmente. Alto, moreno, de semblante sincero y facciones regulares, Canterel, con fino bigote y vivos ojos en los que brillaba su maravillosa inteligencia, apenas acusaba sus cuarenta y cuatro años. Su voz cálida y persuasiva le confería a su elocuencia un gran atractivo, cuya seducción y claridad hacían de él un prestidigitador de la palabra.

Caminábamos desde hacía unos minutos por una pronunciada costanera.

A mitad del recorrido vimos al borde del camino, en una profunda hornacina de piedra, una estatua de rara antigüedad que, hecha al parecer de oscura tierra, seca y solidificada, representaba, no sin encanto, un sonriente niño desnudo. Con los brazos tendidos hacia adelante, en gesto de ofrenda, y las manos abiertas hacia el techo de la hornacina. En medio de la diestra surgía una pequeña planta muerta, de una extrema vetustez, que, ha largo tiempo, allí había echado raíces.

Canterel, que proseguía distraídamente su camino, tuvo que responder a nuestras unánimes preguntas.

“Es el Federal de semen-contra que Ibn Batuta vio en lo más profundo de Tombuctú”, dijo señalando la estatua, y al punto nos desveló su origen.

El maestro había conocido íntimamente al célebre viajero Echenoz, quien, durante una expedición a tierras africanas llevada a cabo en su juventud, había llegado hasta Tombuctú.

Habiéndose imbuido, antes de partir, de la completa bibliografía de las regiones que despertaban su curiosidad, Echenoz había leído más de una vez cierto relato del teólogo Ibn Batuta, considerado como el más grande explorador del siglo XIV después de Marco Polo.

Casi hacia el final de su vida, fecunda en memorables descubrimientos geográficos, cuando con razón aún hubiera podido gozar tranquilamente de la plenitud de su gloria, Ibn Batuta emprendió una vez más otra exploración a tierras lejanas y llegó entonces a la enigmática Tombuctú.

Durante la lectura, Echenoz había subrayado el episodio siguiente.

Cuando Ibn Batuta entró solo en Tombuctú, una silenciosa consternación pesaba sobre la ciudad.

El trono le pertenecía entonces a una mujer, la reina Duhl-Serul, quien, de sólo veinte años de edad, aún no había elegido esposo.

Duhl-Serul padecía en ocasiones terribles crisis de amenorrea, de lo cual resultaba una congestión que, afectando el cerebro, le provocaba accesos de locura furiosa.

Esos trastornos causaban graves perjuicios a los nativos, visto el poder absoluto que detentaba la reina, resuelta en esos momentos a impartir órdenes insensatas, multiplicando sin motivo las condenas a muerte.

Hubiese podido estallar una revolución. Pero, fuera de esos momentos de desequilibrio Duhl-Serul gobernaba a su pueblo -que raramente había conocido un reinado más feliz- con una serena bondad. En vez de lanzarse a lo desconocido derrocando a la soberana, soportaban paciente-mente aquellos males pasajeros compensados por largos periodos florecientes.

Entre los médicos de la reina, ninguno hasta entonces había podido atajar el mal.

Ahora bien, a la llegada de Ibn Batuta una crisis más fuerte que las anteriores consumía a Duhl-Serul. A una palabra suya, había que ejecutar a numerosos inocentes y quemar cosechas enteras.

Golpeada por el terror y la hambruna, la población esperaba día tras día el final del acceso, que, prolongándose irrazonablemente, hacía insostenible aquella situación.

En la plaza pública de Tombuctú se alzaba una especie de fetiche al que la creencia popular atribuía gran poder.

Era una estatua de niño, hecha de tierra oscura en su totalidad –y concebida por lo demás en curiosas circunstancias bajo el reinado de Forukko, antepasado de Duhl-Serul.

Poseyendo las cualidades de juicio y bondad que en tiempos normales mostraba la reina actual, Forukko, a través de las leyes promulgadas y su personal entrega a la causa, había llevado a su país a una gran prosperidad. Agrónomo ilustrado, vigilaba él mismo los cultivos, con el fin de introducir muchos útiles perfeccionamientos en los caducos métodos de la siembra y recolección.

Maravilladas por aquel estado de cosas, las tribus limítrofes se aliaron a Forukko para beneficiarse de sus decretos y su consejo, pero salvaguardando cada una su autonomía mediante el derecho a recobrar a voluntad una independencia completa. Se trataba de un pacto de amistad y no de sumisión, por el cual se comprometían, además, a coaligarse contra un enemigo común si fuese necesario.

En medio de un gran entusiasmo por la solemne declaración de la alianza establecida, se resolvió crear, a modo de emblema conmemorativo que inmortalizaría tan señalado acontecimiento, una estatua hecha únicamente con tierra, que se recogería del suelo de las distintas tribus coaligadas.

Cada pueblo envió su porción, eligiendo tierra vegetal, símbolo de la feliz abundancia que auguraba la protección de Forukko.

Un renombrado artista, ingenioso en la elección del tema, erigió –mezclando y amasando todos los humus– un gracioso niño sonriente, que, verdadero retoño común de las numerosas tribus confundidas en una sola familia, parecía consolidar aún más los vínculos establecidos.

La obra, instalada en la plaza pública de Tombuctú, recibió, en razón de su origen, un nombre que traducido a lenguaje moderno daría estas palabras: *el Federal*. Modelado con un arte encantador, el niño, desnudo, con el dorso de las manos vuelto hacia el suelo, alargaba los brazos como para hacer una ofrenda invisible, evocando, con ese gesto emblemático, los dones de riqueza y felicidad prometidos por la idea que representaba. Pronto seca y endurecida, la estatua adquirió una solidez a toda prueba.

Como respuesta a aquellas esperanzas, comenzó una edad de oro para los pueblos aliados, que, atribuyendo su suerte al Federal, le consagraron un culto apasionado a ese poderoso fetiche, decidido a satisfacer las innumerables plegarias.

Durante el reinado de Duhl-Serul aún pervivían los clanes y el Federal inspiraba idéntico fanatismo.

Como la locura que ahora padecía la soberana se agravaba ineluctablemente, decidieron acudir en masa a pedirle a la estatua de tierra la inmediata conjuración de aquel desvarío.

Una gran procesión –vista y descrita por Ibn Batuta– encabezada por sacerdotes y dignatarios, llegó finalmente hasta el Federal, para invocar con vehemencia, según ciertos ritos, fervientes oraciones.

Aquella misma noche, el ruido y la furia de un huracán atravesó la comarca, especie de tornado

devastador que pasó fugazmente por Tombuctú, sin dañar al Federal, protegido por las construcciones circundantes. Los días siguientes, la perturbación de los elementos originó frecuentes lluvias. Sin embargo, la aguda vesanía de la reina se acentuaba, ocasionando a cada hora nuevas calamidades.

Comenzaban, ya, a perder la esperanza en el Federal, cuando una mañana el fetiche apareció con una pequeña planta –a punto de abrirse– enraizada en el interior de su mano derecha.

Sin dudar, cada cual vio allí un remedio milagrosamente ofrecido por el venerado niño para curar el mal de Duhl-Serul.

Pronto desarrollado por la alternancia de lluvias y ardiente sol, el vegetal engendró minúsculas flores de un palor amarillo, que, cuidadosamente recogidas, y una vez secas, fueron administradas a la soberana, ya por entonces en el paroxismo del extravío.

La hasta entonces aplazada mejoría se produjo en el acto, y, Duhl-Serul, al fin aliviada, recobró el juicio y su ecuánime bondad.

Desbordante de alegría, el pueblo, con una impresionante ceremonia le dio las gracias al Federal, y, procurando evitar nuevos episodios de crisis, decidió cultivar –regándola periódicamente, y dejándola por un supersticioso respeto en la mano de la estatua sin atreverse a sembrar las semillas en otra parte– esa misteriosa planta desconocida hasta entonces en la comarca, cuya presencia sólo admitía una hipótesis: la semilla, transportada por el huracán desde lejanas regiones, cayó por azar en la mano derecha del ídolo, germinando en la tierra vegetal regenerada por la lluvia.

Era creencia unánime que el mismo todopoderoso Federal había desencadenado el huracán, conduci-

do la semilla hasta su mano y provocado las lluvias germinativas.

Ese era el pasaje que al explorador Echenoz más le gustaba de la narración de Ibn Batuta, quien, una vez en Tombuctú, se interesó por el Federal.

Tras una escisión sobrevenida entre las tribus aliadas el fetiche perdió toda significación, y, desterrado de la plaza pública y relegado a simple curiosidad entre las reliquias de un templo, llevaba largo tiempo en inmisericorde olvido.

Echenoz quiso verlo. En la mano del niño, intacto y sonriente, se veía aún la mítica planta, que, ahora seca y herrumbrada, había antes –según llegó a saber el explorador– conjurado durante muchos años cada nueva crisis de Duhl-Serul, hasta que se produjo su total curación. Teniendo de botánica las nociones que exigía su profesión, Echenoz pudo reconocer en el antiguo residuo hortícola una cepa de *artemisia marítima*, y recordó que –ingeridas en cantidad mínima, en forma de medicamento amarilloso denominado semen-contra– las flores secas de esta radiada constituyen, en efecto, un poderoso y activo emenagogo.

Conseguido de aquella fuente única y pobre, el remedio, aun tomado en pequeñas dosis, había podido actuar sobre Duhl-Serul.

Pensando que el Federal, visto su actual abandono, podía ser adquirido, Echenoz ofreció una considerable suma que enseguida fue aceptada; después, transportó a Europa la singular estatua, cuya historia tanto interesó a Canterel.

Sin embargo, hacía poco tiempo de la muerte de Echenoz, el cual acabó por legarle el Federal a su amigo, en recuerdo del interés que éste había manifestado por el antiguo fetiche africano.

Nuestras miradas, fijas en el niño simbólico –ahora investido, como la vieja planta, de la más atrayen-

te aureola-, pronto fueron solicitadas por tres alto-relieves rectangulares, tallados en la misma piedra, en la porción inferior del bloque donde se abría la hornacina.

Delante de nosotros, entre el suelo y el nivel de la plataforma que pisaba el Federal, las tres obras, delicadamente pintadas, se alargaban horizontalmente una debajo de la otra, y, ya muy desgastadas en ciertas partes, daban la impresión, igual que todo el bloque pétreo, de una fabulosa antigüedad. El primer altorrelieve representaba, de pie en una planicie arborescente, a una joven extasiada, que, cargando en los brazos haces de flores, contemplaba en el horizonte esta expresión: AHORA, esbozada en el cielo por angostados cirros que el viento combaba suavemente. Los tintes, aunque desvaídos, se mantenían por todas partes, delicados y múltiples, todavía puros en las nubes, colmadas de fulgores crepusculares de color amaranto.

Más abajo, el segundo panel escultórico mostraba a la misma desconocida, que, sentada en un lujosísimo salón, aprovechaba la costura abierta en un cojín azul con ricos bordados para extraer un muñeco vestido de rosa y privado de uno de sus ojos.

Cerca del suelo, el tercer fragmento mostraba a un tuerto vestido de rosa, sosias vivo del muñeco, que señalaba a varios curiosos un mediano bloque de veteadado mármol verde, cuya cara superior -donde se incrustaba hasta la mitad un lingote de oro- llevaba la palabra Ego muy ligeramente grabada con rúbrica y fecha. En segundo plano, un corto túnel, cuyo interior aparecía cerrado por una verja, parecía conducir a una inmensa caverna, horadada en el flanco de una marmórea montaña verde.

En los dos últimos temas, algunos colores conservaban cierta intensidad, especialmente el azul, el rosa, el verde y el oropimente.

Interrogado, Canterel nos informó sobre aquella trilogía plástica.

Hace siete años, aproximadamente, al tener noticia de que se había constituido una sociedad que pretendía levantar de sus ruinas la ciudad bretona de Gloannic, destruida y sepultada –en el siglo XV– por un terrible ciclón, el maestro, sin ánimo de lucro alguno, había comprado numerosas acciones con el único fin de alentar una grandiosa empresa, que, según él, podía dar apasionantes resultados.

A través de sus representantes, los más grandes museos del mundo pronto comenzaron a disputarse muchos objetos preciosos, que, encontrados tras hábiles excavaciones emprendidas en el lugar idóneo, llegaban sin tardanza a París para ser sometidas a la pasión de las subastas públicas.

Canterel, siempre presente cuando llegaba un nuevo lote de antigüedades, recordó súbitamente, una tarde, al ver los tres altorrelieves pintados que adornaban la base de una gran hornacina vacía y recientemente desenterrada, esta leyenda armoricana contenida en el Ciclo de Arthur.

En otros tiempos, Kurmelén, rey de Kerlagoüezo –agreste región que marcaba el punto más occidental de Francia– hallándose en la capital del reino, en Gloannic, sintió, aunque todavía era joven, que su salud ya precaria comenzaba a declinar rápidamente.

Kurmelén era viudo –desde hacía un lustro– de la reina Pleveneuc, muerta al dar a luz a su primer hijo, la princesa Hello.

Como tenía muchos hermanos envidiosos que aspiraban al trono, Kurmelén, padre afectuoso, pensaba

con horror que después de su muerte, sin duda cercana, Hello, llamada por la ley del país a sucederle sin reparto, sería -vista su corta edad- el blanco de muchas conspiraciones.

La pesada corona de oro de Kurmelén -conocida por el nombre de la Maciza-, desprovista de joyas, pero compensada su falta de lujo por una remota antigüedad, había ceñido desde tiempo inmemorial la frente de cada soberano de Kerlagöüezo, convirtiéndose, a la larga, en la esencia misma de la realeza absoluta, y privado de ella ningún príncipe hubiese podido reinar un solo día.

Como consecuencia de un apasionado fetichismo capaz de prevalecer sobre toda legitimidad, el pueblo hubiese reconocido como señor a cualquier pretendiente lo bastante audaz para apoderarse del objeto, que estaba prudentemente guardado en un lugar seguro provisto de centinelas.

Un antepasado de Kurmelén -Jouël el Grande- había fundado en épocas remotas el reino de Kerlagöüezo y su capital, y fue el primero en llevar la Maciza, fabricada por orden suya.

Muerto casi a los cien años tras un reinado glorioso, Jouël, divinizado por la leyenda, se había transformado en astro celeste y así continuaba velando por su pueblo. En el país, cada cual sabía verlo entre las constelaciones para dirigirle votos y plegarias.

Confiando en el poder sobrenatural de su ilustre antepasado, Kurmelén, consumido por la angustia, le suplicó que le enviase en sueños alguna inspiración salvadora. Para disuadir a sus hermanos de cualquier esperanza de éxito, pensó largamente en cómo ocultar a sus intenciones, en algún misterioso escondrijo, la reverenciada corona, indispensable para la entronización. Pero era necesario que una vez en edad de enfrentarse a sus enemigos, Hello, para hacerse proclamar reina, pudiese encontrar el antiguo círculo de oro: pero la prudencia prohibía

indicarle el enclave elegido, pues ya se sabe cómo la fuerza o la astucia arrancan un secreto a la infancia. Obligado a entenderse con un confidente, el rey dudaba, conmovido por la gravedad del caso.

Jouël escuchó la plegaria de su descendiente y lo visitó en sueños para dictarle una sabia conducta.

Desde entonces, Kurlmelén sólo actuó siguiendo las intrucciones recibidas.

Hizo fundir la corona y obtuvo un lingote de insustancial forma oblonga, después fue al Morne-Vert, montaña encantada que en otro tiempo había ilustrado un viaje de estudios de Jouël.

Hacia el fin de su vida, mientras recorría solícitamente su reino para asegurarse del bienestar del pueblo y de la honestidad de sus gobernadores, Jouël había acampado una noche en una comarca solitaria enteramente nueva a sus ojos.

Habían levantado el pabellón real al pie del Morne-Vert, monte caótico, sorprendente por su glauco matiz y sus reflejos de mármol delicadamente vetado. Jouël, intrigado, intentó la ascensión mientras organizaban el descanso, golpeando ora aquí ora allá con una estaca ferrada, como para reconocer la naturaleza de aquel suelo por doquier resistente. Se sorprendió de que uno de los golpes provocase una vaga resonancia subterránea. Deteniéndose, golpeó con fuerza distintos puntos del lugar sospechoso y percibió un eco sordo, que, propagándose por las laderas de la montaña, denotaba la presencia de una importante caverna.

Dándose cuenta de que había allí un refugio enviable para pasar la noche, que se anunciaba fría, Jouël, deteniendo su ascensión, le dijo a su gente que buscara alguna falla de acceso al antro imprevisto.

Contrariado por el fracaso de las indagaciones, el rey, creyendo en la posible existencia de alguna entrada tal vez cubierta por la arena, ordenó allanar

el terreno –sobre el lugar sonoro– de la montaña, cuya base era invadida por una fina grava.

Aquellos que fueron designados para la tarea, despejaron en poco tiempo –con instrumentos improvisados– la parte alta de una bóveda, que, ahora, parecía accesible al paso de un hombre.

Jouël, penetrando antorcha en mano en el angosto corredor, pronto se encontró en una fabulosa caverna, de verdinoso mármol, imbricado –debido a un curioso fenómeno geológico– de enormes pepitas de oro, que, en sí mismas, representaban una incalculable fortuna, susceptible de ser doblada por las que, con seguridad, ocultaba el espesor del macizo.

Deslumbrado, Jouël pensó en reservarlas para hacer frente a posibles épocas de desgracia, y alejar de cualquier codicia esas riquezas fabulosas, actualmente inútiles para un reino feliz que gozaba de una tranquila prosperidad gracias al genio de su fundador.

Acallando sus pensamientos, el rey se hizo alcanzar por su séquito, y la noche transcurrió apacible en la hospitalaria caverna.

Al día siguiente, comenzó un afanado trasiego con la aldea más próxima y fueron muchos los que, asesorados por Jouël, se pusieron manos a la obra. Una vez desalojada la arena con el esfuerzo de todos, el otrora angosto pasaje se convirtió en un espacioso túnel, a mitad del cual, tras la evacuación de la gruta, se instaló una imponente verja de doble batiente, desprovista de cerradura por orden formal del rey.

Entonces, en presencia de todos, Jouël, que practicaba la magia, pronunció dos solemnes conjuros. Con el primero, hacía invulnerable –para siempre– el exterior del monte a las herramientas más duras, y, con el segundo, cerraba imperiosamente la alta y gruesa verja, inmunizada al mismo tiempo contra roturas y quebrantamientos.

Después, el monarca hizo insólitas revelaciones a los allí reunidos. Actualmente ignorada por él mismo -que se veía impotente para recuperar, aunque lo hubiese querido, las riquezas prohibidas- cierta frase mágica, refiriendo un acontecimiento sobrehumano llamado a ilustrar su muerte, serviría para abrir momentáneamente la verja cada vez que se enunciase de modo impecable. Una sola vez en el transcurso de los siglos futuros, en caso de grandes desastres públicos cuyo desencadenamiento o inminencia hiciesen necesario recurrir a esos tesoros, Jouël tendría la facultad de revelar a uno de sus sucesores, a través de un sueño, la palabra cabalística. Desvelaba a priori la sustancia del *sésamo* para que los ambiciosos, con sus repetidos intentos, salvaran el importante yacimiento del inevitable olvido al que lo condenaría un encierro absoluto.

Un mes más tarde, de regreso en Gloannic tras el final de su viaje, Jouël murió -una noche pura- cargado de años y gloria: y súbitamente un nuevo astro brilló en el firmamento.

Presto a reconocer ahí el fenómeno sobrenatural que poco antes había predicho Jouël para la hora de su muerte, el pueblo, con certeza, vio en la inesperada estrella el alma misma del difunto, dispuesto a velar eternamente por los destinos del reino.

Conociendo, a partir de entonces, el hecho que debía expresar la fórmula por la que acceder a los inmensos bienes del Morne-Vert, el ambicioso y nuevo soberano, hijo de Jouël, pronunció ante la verja sometida al encantamiento lacónicos textos que, de mil maneras diferentes, narraban la transformación del fallecido rey en astro de los cielos. Pero no acertó a decir la justa palabra cabalística, pues los batientes permanecieron cerrados. Y, desde entonces, todas las tentativas llevadas a cabo resultaron siempre vanas.

Sin embargo, esa rebelde proposición la había recibido Kurmelén –durante un sueño– de boca de Jouël, y ahora quedaba autorizado para revelarla ante la tormenta política que amenazaba al reino.

Al pie del Morne-Vert, pronunció esta fórmula, a la cual los buscadores sólo se habían aproximado.

“Brilla, Jouël, astro de los cielos.”

La verja se abrió de par en par: después, una vez franqueada por el visitante, que penetró en la verdinosa gruta, se cerró.

Por orden de Jouël, cuya intención comprendía, Kurmelén iba a esconder allí todo el oro de su corona. ¿Dónde encontrar un lugar más seguro que ese antro, inviolado durante tanto tiempo a pesar de los muchos esfuerzos? Además, aun en caso de que, tras denodados intentos, algún codicioso descubriese el *sésamo* exacto, la presencia en la caverna de incontables pepitas, de las que la Maciza transformada por la fundición no se diferenciaba en nada, venía a ser una garantía contra la temida usurpación. En efecto, dado el fetichismo popular, sólo podía convertirse en real una frente ceñida con la ancestral corona, reconstituida con su oro primigenio. ¿Y de qué manera identificarían el lingote venerable entre tantos otros especímenes parecidos?

Extrayendo sin esfuerzo una enorme piedra medio encofrada en la superficie de un aislado bloque de verdinoso mármol, Kurmelén dio con una cavidad perfecta en donde el precioso y pesado objeto entró justamente, ofreciendo desde entonces el mismo aspecto que las múltiples muestras de oro engastadas por todas partes en la ofita de la caverna.

Pero un severo anonimato del lingote le hubiese impedido a Hello cualquier posibilidad de reinar, quien, un día –antes de devolverle la forma de corona real y ceñírsela–, tendría que probarle al pueblo, gracias a una señal irrefutable, su procedencia casi divina.

Con la punta de su puñal, Kurmelén –siempre bajo la conminación de Jouël–, trazó su firma en la plataforma del bloque verdinoso, rayando delicadamente el mármol.

Desde sus orígenes, los reyes de Kerlagotüezo estampaban en los documentos importantes, en vez de su nombre, la palabra Ego, que reforzaba su prestigio haciendo de cada uno, durante su reinado, el yo supremo, a la vez fuente y culminación de todo. La caligrafía y la fecha compensaban esa uniformidad silábica designando doblemente en cada pieza al soberano en cuestión.

No dudando, en tal ocasión, en elegir su firma predominante, Kurmelén grabó su Ego habitual, y después la fecha, recubriendo de inmediato toda la inscripción con una ligera capa de arena. Con esta última precaución, el rey, que por lo demás, al entrar, ya se había dirigido expresamente a la parte más oscura de la gruta, hacía casi imposible que un buscador no advertido y que tuviese la suerte de pronunciar el verdadero *sésamo*, descubriera la señal añadida al epígrafe.

Kurmelén, con los seis vocablos cabalísticos, abrió una vez más la verja, que no tardó en cerrarse tras él una vez que hubo salido.

Al regresar de su expedición, declaró públicamente, pero callándose cada detalle, que la Maciza, ahora fundida, descansaba en el Morne-Vert, y que Jouël le había revelado en sueños las palabras claves que permitían entrar al mismo. Lo que importaba era que el pueblo –para seguir manteniendo la fe en el porvenir, supiera que oculto en lugar seguro el oro sagrado, cuya supuesta pérdida lo hubiese empujado a una peligrosa desesperación– aún estuviera dispuesto a dar su aquiescencia a los futuros soberanos.

Sintiendo ya próximo el abrazo de la muerte, Kurmelén se apresuró a ejecutar las órdenes de

Jouël, que, entre otras muchas recomendaciones anexas, le había sugerido que sin temor se hiciese con los servicios de un cierto Le Quillec, bufón de la corte, a fin de que éste pudiese desempeñar el indispensable oficio de confidente universal.

Tuerto y deforme, Le Quillec, para acentuar lo grotesco de su persona, objeto de la risa general, vestía siempre de rosa como el más coqueto petimetre, y, sutil e ingenioso en sus respuestas, escondía bajo esa apariencia cómica un alma recta y buena, sinceramente devota del rey.

Kurmelén, asombrado en principio por tal elección, no pudo si no admirar, tras haber reflexionado sobre ello, la sabiduría de Jouël. En verdad, Le Quillec podía ser el muñidor más seguro, pues como ser vil y denigrado, indigno a ojos de todos de ser elegido como depositario de un gran secreto, estaría además al abrigo de cualquier insistencia o amenaza tendente a hacerle hablar.

El rey, sin omitir nada, le reveló al bufón la fórmula cabalística que daba acceso, el emplazamiento del mítico lingote y la existencia de la firma probatoria. Una vez llegado el momento de actuar, Hello, advertida como hija de estirpe soberana y divina por uno de esos signos celestes negados a los simples humanos como Le Quillec, acudiría al tuerto para reclamarle sus secretos. Sólo ese día, a fin de que un involuntario gesto de interés o favor pudiese despertar prematuramente las sospechas de quienes la rodeaban, el extraño confidente le sería indicado a la huérfana -por un medio que debía ignorar el mismo Le Quillec-, entretanto condenado a una pasiva y larga espera. Tras despedir al bufón, Kurmelén cogió de entre unos juguetes destinados a su hija un muñeco rosa y, acto seguido, le arrancó un ojo.

La reina Pleveneuc, durante su embarazo, había bordado sin ayuda de nadie un espléndido cojín

azul, con la idea de que sirviese para mantener cerca de ella en la cama, hasta que pudiera levantarse, al hijo que esperaba. Kurmelén siempre se había esforzado por inculcar a Hello respeto por aquella reliquia que la pobre madre, sorprendida por la muerte, nunca llegó a utilizar. Abriendo una costura, deslizó el muñeco en lo más hondo del plumón, y, después, le pidió a una sirvienta que lo cosiera, pues –según dijo– se había descosido fortuitamente.

El rey informó sin testigos a Hello, advirtiéndole de guardar el secreto de la conversación, de que le esperaba un regalo encerrado en el cojín azul, cuyo interior no debía examinar hasta que recibiera una orden del cielo.

Kurmelén no había hecho más que seguir hasta el final, escrupulosamente, las indicaciones de Jouël, cuya previsora sagacidad alababa. Destinada, en efecto, a recibir la señal celeste sólo cuando la edad la hubiera armado contra sus antagonistas, Hello, al registrar el cojín, que dado su augusto origen no corría el riesgo de perderse, se vería forzada a buscar –en la insólita ofrenda de un simple juguete ingenuo hecha a una adulta– algún símbolo. A la larga, el traje rosa y la falta de un ojo en el muñeco evocarían fatalmente en sus intrigados pensamientos al bufón Le Quillec, a quien iría a interrogar. Además, si, con odiosas argucias, los príncipes colaterales le arrancasen a Hello todavía niña y débil el secreto del cojín azul – sin razón para hacerlo, pues lo verdaderamente importante era la esencial revelación del signo celeste que se esperaba–, el hecho de extraer de entre el denso plumón, no el precioso documento esperado, sino una muñeca extraña y graciosa tan apropiada para la edad de la destinataria, parecería delatar únicamente el tierno capricho de un padre deseoso de redoblar los atractivos de su regalo con la sorpresa de un ingenioso escondite.

El objeto, sin mayores consecuencias, sin duda le sería entregado a Hello, quien, limitándose entonces a usarlo en sus juegos, se diría súbitamente más tarde, el día de la manifestación celeste, que había llegado el momento de escrutar el interior del cojín. Enseguida, viendo chocante la puerilidad del regalo con el desarrollo de su juventud, se sumiría en largas reflexiones, y, recordando las dos principales particularidades del juguete, haría la comparación requerida, que pronto la conduciría hacia Le Quillec.

Kurmelén no tardó en morir. Sus hermanos, aprovechando entonces la minoría de edad de Hello para formar partidos, desencadenaron la guerra civil, intentando cada cual conquistar el poder. Pero, como faltaba el oro sagrado imprescindible para devolverle su forma a la Maciza, ninguno de ellos consiguió el beneplácito para ser rey.

Vanamente se emplearon nuevas palabras para tratar de abrir la irreductible verja del Morne-Vert, tanto más fascinante ahora en cuanto habitáculo del lingote monárquico. Acosada por las preguntas de sus tíos como probable depositaria de alguna revelación paterna que debía conducir al objetivo, Hello supo guardar su secreto por entero.

La anarquía, desde entonces, comenzó a socavar el reino, toda vez que ni la misma Hello, sin antes poseer la Maciza, podía ser reina.

Siempre vestido de rosa, Le Quillec, que disponía de una pensión vitalicia legada por Kurmelén, exhibía sus gracias y hacía reír durante los paseos, respondiendo ingeniosamente a las pullas de algunos antiguos cortesanos.

Pasó el tiempo, y, a los dieciocho años, Hello comenzó a soñar indefectiblemente con la señal celeste predicha por su padre, en la esperanza de que entonces

se le ofreciera un medio para salvar al país, definitivamente arruinado por un ininterrumpido periodo de caos y luchas intestinas.

Una noche de julio, cuando la púber princesa regresaba sola, -con los brazos cargados de flores- a un palacio ancestral en el que pasaba cada verano, un sinnúmero de suntuosos y amarantinos fulgores, surgidos de la reciente puesta de sol, incendiaron las largas nubes que se extendían en el horizonte.

Deteniéndose para admirar aquel hechizo del crepúsculo, Hello pudo ver como algunos cirros se combaban extrañamente oreados por la brisa, hasta formar en difusas letras esta palabra:

AHORA

La palabra no tardó en deshilacharse en el aire. Pero Hello, con el corazón palpitante, acabó por reconocer en su naturaleza celeste el anunciado aviso. *Ahora* es cuando debería actuar.

Una vez de regreso al castillo, abrió el cojín azul, por el que nunca había dejado de sentir una devota solicitud, sin duda justificada por el contacto santificador de las manos maternas como para resultar sospechoso. Primero desilusionada al no encontrar más que el muñeco, meditó largamente, incitada a penetrantes averiguaciones por la discordancia que había entre el muñeco y su edad.

Súbitamente, por el color del traje y la cuenca vacía del ojo, la muchacha descubrió, en el enigmático muñeco, una evocación de Le Quillec.

Llamó al bufón al castillo y le informó de todo.

Le Quillec, a su vez, le confió los secretos de que era depositario, instándola a ganar sin pérdida de tiempo el Morne-Vert para seguir atinadamente la orden de las nubes: orden imperiosa, enviada con buen jui-

cio en el momento más adecuado, en que ninguno de los eventuales usurpadores, mutuamente debilitados por sus luchas sin tregua, podría entorpecer con eficacia la marcha de la legítima reina, cuando, en posesión del lingote-fetiché, suscitara a su paso el entusiasmo universal.

Instalada en una vasta angarilla, Hello partió al momento, escoltada por el bufón, quien explicando con absoluta intencionalidad allí por donde pasaban la verdadera finalidad del viaje, consiguió que muchos fanáticos se uniesen al cortejo, impacientes por asistir al memorable acontecimiento llamado a acabar con aquella época de anarquía y decadencia. La joven princesa llegó, pues, al Morne-Vert, rodeada por una gran muchedumbre que no podía sino regocijarse a Le Quillec, ávido como estaba de contar con testigos para la escena de identificación.

Abriendo la verja con las palabras cabalísticas, pronunciadas secretamente en voz baja, el bufón atravesó la gruta en pos del lugar indicado, mientras que, a petición suya, una parte de la multitud lo seguía para constatar que ni en el más leve de sus gestos había la menor complicidad.

Señalado por Le Quillec y después levantado por muchos brazos, el bloque marmóreo de Kurmelén fue transportado afuera, y la verja, aún abierta, sólo volvió a cerrarse, a pesar del corto lapso de tiempo, una vez que hubo salido el último intruso.

El bufón, retirando la ocultadora capa de arena le hizo ver a todos, en la cara superior del bloque, la firma del difunto rey, cerca del lingote dinástico, que así quedaba autenticado.

Hello se dirigió a Gloannic, llevando el bloque verde, que, intacto, fue colocado -a un lado de la angarilla- cerca de ella.

En medio de febriles ovaciones por el éxito de la expedición, el cortejo popular ganaba adeptos en cada etapa. En vano fue, pues, que para detener su

marcha, los pretendientes arengasen a sus soldados, los cuales, al saber de la insigne recuperación, acudieron todos, fascinados por la mágica gloria del lingote, a alinearse espontáneamente bajo el estandarte de la feliz princesa.

Llevada triunfalmente hasta su palacio, Hello, con el oro reconquistado, hizo crear de nuevo la Maciza, que un día llegó a ceñir públicamente entre los gritos delirantes de “¡Viva la reina!”. A la caída de la noche, se vio brillar la estrella de Jouël con más intensidad que de costumbre.

La soberana quiso, después, levantar el país explotando el filón de la caverna, y, así, se organizaron de inmediato los trabajos pertinentes para llevar a cabo esa tarea. Una vez divulgada, la fórmula cabalística de la verja favoreció la entrada y salida de obreros pertrechados de picos, y pronto, gracias al oro extraído masivamente de las profundas vetas del mármol verdinoso, el reino prosperó.

Al fin sonriente y adorada por su pueblo, Hello colmó a Le Quillec de favores.

En un arrebató de gozosa exaltación, esculpieron una estatua que, representando a la joven reina coronada, se emplazó como la de una santa en una espaciosa hornacina, bajo la cual tres altorrelieves pintados conmemorarían la sublime aventura.

Pues bien, como probaba el examen, aquélla era la misma hornacina que acababan de sacar a la luz las recientes excavaciones realizadas por la sociedad de la que Canterel era accionista.

Una sencilla indagación demostró que la estatua ausente- rota en mil pedazos- yacía, en el momento del hallazgo, al oscuro amparo del cubículo, derribada de bruces por el remotísimo cataclismo que la había sepultado.

El maestro ambicionaba esa pieza venerable, cuya sola existencia le confería a aquella historia visos de

realidad. Pujando fuerte en la subasta, consiguió ser el feliz adjudicatario, e, instalándola en su parque, dejó vacía durante seis años la garita de piedra, al no encontrar ninguna estatua digna por su antigüedad y valor de un refugio tan precioso: algo que en los últimos tiempo mereció el antiguo y glorioso Federal, que recibió allí amparo contra el viento y la lluvia.

Tras arrojar una última mirada a la doble curiosidad, seguimos a Canterel, que ya se alejaba paseo arriba.

CAPÍTULO II

A medida que subíamos, la vegetación parecía ralearse. Enseguida la desnudez del suelo se hizo patente a ojos vista, y, al final del trayecto, vimos una gran explanada de piso firme y totalmente despejada.

Dimos algunos pasos hacia un punto donde se alzaba una especie de instrumento de pavimentación, que recordaba por su estructura a los *martinetes* -o *pisones*- que se emplean para nivelar las calzadas.

Ligero en apariencia, aunque totalmente metálico, el *martinete* estaba colgado a un pequeño aerostato amarillo claro, que, con su parte inferior circularmente ensanchada, hacía pensar en un mongolfier.

Abajo, el suelo estaba cubierto del modo más extraño.

Sobre una vasta extensión se esparcían, aquí y allá, dientes humanos, ofreciendo una gran variedad de formas y colores. Algunos, de una esplendente blancura, contrastaban con incisivos de fumadores que exhibían la gama entera de pardos y marrones. En el raro muestrario figuraban todos los amarillos, desde los más vagorosos tonos pajizos hasta los peores matices leonados. Algunos dientes azules, ora pálidos, ora oscuros, aportaban su contingente a esa rica policromía, completada por infinidad de dientes negros y los rojos pálidos o chillones de muchas raíces sanguinolentas.

Los contornos y proporciones eran increíblemente diversos: molares inmensos y monstruosos caninos al lado de dientes de leche casi imperceptibles. Aquí y allá destellaban innumerables reflejos metálicos, provenientes de empastes y orificaciones.

En el lugar ocupado actualmente por el pisón, los dientes, estrechamente agrupados, componían, por la sola alternancia de colores, un verdadero cuadro todavía inconcluso. El conjunto evocaba un jinete adormecido en una sombría cripta, tumbado con indolencia a la orilla de un estanque subterráneo.

Un humo tenue, concebido por el cerebro del durmiente, mostraba, a manera de sueño, once jóvenes medio encorvados por el pavor que les causaba una bola aérea casi diáfana, que, objetivo al parecer del vuelo de una paloma blanca, proyectaba en el suelo una leve sombra en torno a un pájaro muerto. Al lado del jinete yacía un viejo libro cerrado, iluminado débilmente por una antorcha hincada en el suelo de la cripta.

El amarillo y el pardo eran los colores dominantes en aquel singular mosaico dental. Los otros tonos, más escasos, despedían notas vivas y sugerentes. La paloma, hecha de soberbios dientes blancos, aparecía como detenida en una pose de impulso rápido y gracioso; participando de la vestimenta del jinete, raíces hábilmente dispuestas componían, por una parte: una pluma roja que adornaba un sombrero oscuro abandonado cerca del libro, y, por la otra: un manto púrpura abrochado con una hebilla de cobre por mor de un ingenioso amontonamiento de orificaciones; una compleja amalgama de dientes azules componía unas calzas lapislázuli, que se hundía en unas anchas botas de dientes negros; las suelas, muy visibles, consistían en un agregado de dientes de color avellana, entre los cuales infinidad de empastes semejabán clavos regularmente espaciados.

Era sobre la bota izquierda donde el *martinete* se encontraba detenido en ese momento.

Fuera del cuadro, había dientes, aquí y allá, diseminados de la forma más incoherente y sin ningún resultado pictórico. En torno al límite ficticio señalado a la redonda por los dientes más distantes de la región central, se extendía una zona vacía, bordeada a su vez por una cuerda anudada cada cierto tramo a la punta de delgadas estacas de algunos centímetros de altura. Todos nosotros habíamos formado una fila ante aquella barrera poligonal.

Súbitamente el pisón se elevó en el aire, y, empujado por una leve brisa, acabó posicionándose no lejos de nosotros, tras una directa y lenta excursión de quince o veinte pies, sobre un diente de fumador ennegrecido por el tabaco.

Canterel nos indicó que lo siguiéramos, después pasó por encima de la cuerda, franqueó el límite desierto y se acercó al instrumento aéreo. Nosotros fuimos tras sus pasos, atentos para no desplazar los dientes esparcidos, cuyo aparente desorden era sin duda alguna el laborioso resultado de estudios muy profundos.

De cerca, el oído percibía distintos tic-tac, emitidos por el *martinete*, que brillaba al sol.

Sin escatimarnos los más seductores comentarios, Canterel llamó nuestra atención sobre los diversos órganos del aparato.

Justo en la cresta del aerostato, que dejaba al descubierto una red que formaba allí una especie de cuello sin relieve, había una válvula automática de aluminio que tenía una fisura circular con obturador y un pequeño cronómetro con una esfera visible.

Debajo del globo, los tensos cordajes verticales que componían la parte inferior de la red, hecha de fina y ligera seda roja, aferraban, a modo de barquilla, por medio de agujeros perforados en el borde dere-

cho y muy abajo, un disco de aluminio, que, semejando una tapa invertida, contenía una sustancia de amarilloso ocre extendida en forma de delgada capa sobre el fondo horizontal.

La superficie baja del disco estaba unida por su centro a la punta de una estrecha barra de aluminio -cilíndrica y vertical-, que constituía el cuerpo del objeto.

Una larga varilla, igualmente de aluminio, metida al sesgo en el tramo superior de la barra, se alzaba oblicuamente hacia el cielo, por encima del círculo, y acababa en una triple ramificación. Cada una de estas tres ramas llevaba en su extremo un cronómetro bastante grande, que tenía adosado un espejo redondo de igual circunferencia; las tres esferas -ignorándose unas a otras- estaban orientadas hacia el exterior en tres sentidos divergentes, mientras que los tres discos de cristal azogado daban a un común espacio intermedio, y, respectivamente, miraban más o menos al oeste, al sur, y al este. En aquel momento, el primer espejo recibía directamente la imagen del sol y la lanzaba de lleno sobre el segundo, que la enviaba hacia el disco-barquilla, mientras que el tercero no parecía desempeñar función alguna. Cada espejo estaba trabado a su cronómetro por cuatro varillas horizontales finamente dentadas, clavadas individualmente arriba, abajo, a derecha y a izquierda en el reverso de su contorno; esas varillas, en los tres casos, atravesaban el cronómetro de parte a parte y asomaban por el otro lado, en el margen periférico de la esfera, de un diámetro un poco inferior al del conjunto del movimiento de relojería.

Las varillas, movidas por invisibles ruedas dentadas que tenían una directa relación con el mecanismo de los cronómetros, podían dar a los espejos -debido a una gran variedad de progresiones y retrocesos- cualquier tipo de inclinación; la parte anterior de las

mismas se componía de una pequeña bola metálica aprisionada en sus dos tercios por una esfera hueca, incompleta, adaptada al reverso del espejo en cuestión; ese modo de engarce se prestaba fácilmente a los desplazamientos del disco reflector en los sentidos más diversos. Todos los días ese triple mecanismo seguía el curso del sol, desde el amanecer hasta el ocaso. Durante la mañana, el espejo que miraba al este era el primero en recoger el haz de rayos luminosos; tras el pasaje del astro por el meridiano se quedaba inactivo, y el espejo enfrentado desempeñaba su rol. Activado desde el amanecer hasta la noche, el espejo que miraba al sur era siempre el segundo en reflejar -para lanzarlos en una dirección invariable- los radiantes efluvios que, sin interrupción, descargaban sobre él ora uno ora otro de los brillantes discos vecinos.

En el centro de la varilla oblícua triplemente ramificada se alzaba un soporte, corto y recto, dividido en dos ramas curvas que formaban una semi circunferencia con las puntas hacia el zenit. Este semicírculo, perpendicular al ideal plano verticalizado en que se encontraba la varilla oblícua, podía servir de marco parcial a una poderosa lente redonda, que, asimilando su diámetro horizontal al suyo, estaba fijada interiormente por dos pivotes al tramo culminante de las ramas curvas.

Colocada con precisión en el trayecto del haz luminoso reflejado en segundo término por el espejo más lejano, la lente estaba ubicada en paralelo a los rayos que la inundaban.

Un cronómetro de dimensión mínima, cuya esfera adornaba exteriormente la parte alta de una de las ramas curvas, era el que hacía girar la lente en momentos justamente determinados, gracias a un sutil acuerdo entre su movimiento y el pivote contiguo.

Asegurando la estabilidad del armazón, una varilla metálica horizontal, acabada –como una mediana haltera– por un contrapeso redondo, estaba atornillada a la barra de aluminio del lado exactamente opuesto a la lente y los espejos.

Una enorme aguja imantada, que parecía provenir de alguna báscula gigantesca, atravesaba perpendicularmente la barra a media altura, y, presentando la misma longitud de un lado y otro, servía, por su magnetismo, para que el utensilio aéreo mantuviese siempre una orientación inmutable durante los vuelos. Su punta norte estaba situada justo debajo del espejo orientado al sur, mientras que el extremo meridional coincidía de forma similar, pero a menor distancia, con el contrapeso esférico.

Como base, tres pequeñas garras de aluminio, curvadas y completamente unidas, y, aunque en miniatura, semejantes a las patas de un mueble, soportaban el borde inferior de la barra; cada una apoyaba su extremidad en el suelo, dándole al pisón una base suficiente, y mostrando en su cara externa, en la parte más baja de su curva regular y saliente, la esfera de un diminuto cronómetro apenas más ancho que ella.

A media altura de las tres garras había respectivamente anclados, por el interior y de modo convergente, tres finos clavos horizontales, cuyas puntas se hendían ligeramente en el perímetro de una minúscula rondela de azuloso metal, que así se mantenía aislada y horizontal en el espacio, justo bajo el eje de la barra. Una segunda rondela, de igual formato, pero cuyo metal era de un color gris claro, quedaba directamente por encima de la otra, a un milímetro de distancia, y estaba suspendida de una delgada varilla vertical, que, fija por un extremo al centro de su cara superior, desaparecía dentro de la barra.

Un poco más arriba del nexo de las garras, la parte extrema e inferior de la barra llevaba –adossada en

un punto de su periferia- la esfera de un último cronómetro.

Comoquiera que nos había dejado el tiempo necesario para un examen profundo del *martinete*, Canterel volvió sobre sus pasos seguido de nuestro grupo, y, algunos segundos después, nos encontramos todos ante la cuerda, que habíamos franqueado de nuevo.

El ruido de un débil choque atrajo nuestras miradas hacia la base del aparato; entre las tres garras, la rondela gris, bajando debido al impulso de su varilla, se había unido rápidamente con la otra, y ambas permanecían ahora estrechamente pegadas. En el preciso instante de su acoplamiento, el diente marrón situado debajo de ellas había abandonado el suelo, y, obedeciendo a alguna misteriosa imantación, se había adherido al dorso de la rondela azul. Al oído, los dos choques, casi simultáneos, se habían confundido en uno solo.

Poco después, un destello surgió de la lente, la cual, habiendo dado un cuarto de giro pivotando sobre el eje de su diámetro horizontal, cortaba ahora perpendicularmente el haz luminoso emitido -siguiendo un oblicuo descenso-, por el espejo enfocado al sur. A consecuencia de esa maniobra, los rayos, después de atravesar el especialísimo cristal, se concentraron intensamente en el área de la sustancia amarilla del disco colocado bajo el aerostato; alguno de los finos cordajes inferiores de la red ponía una sombra imperceptible en aquella repentina reverberación. Bajo el efecto del intenso calor así producido, la materia ocrácea debía desprender un gas ligero que penetraba en el globo por la ranura abocinada, pues la carcasa se hinchaba gradualmente. La fuerza ascensional fue pronto suficiente como para elevar todo el aparato, que se bamboleó suavemente en el aire, mientras que la lente, efectuando un nuevo cuarto

de giro en el mismo sentido, ensombrecía la amarillosa mezcla al dejar de concentrar en ella los rayos solares.

El viento había cambiado mientras permanecíamos al otro lado de la cuerda, y de ahí que el *martinete* fuese empujado hacia el cuadro dental; pero como este segundo trayecto formaba un ángulo muy abierto con el primero, el instrumento se dirigió hacia el más oscuro rincón de la cripta donde dormitaba el jinete.

Abajo, durante el vuelo, una de las garras se alargó automáticamente impulsada por una aguja interna que descendió medio centímetro.

Poco a poco, el globo acabó por desinflarse, y el aparato, bajando, posó sus dos garras contraídas sobre un conjunto de dientes oscuros -dispuesto en una de las orillas del estanque subterráneo-, en tanto que la aguja recién percutida se instaló en medio de un espacio aún vacío. En el momento del aterrizaje pudimos ver, en la cresta del aerostato, la válvula todavía abierta, que, tras haber dejado salir la cantidad de gas requerida, volvía a cerrarse silenciosamente con ayuda del obturador, simple disco de aluminio capaz alternativamente de ocultarse y luego reaparecer girando, sin cambiar de plano, sobre un pivote que incidía en algún punto de su borde extremo. Por deducción analógica comprendimos ahora cómo el primer viaje del pisón se había llevado a cabo por medio de la lente y la válvula, cuyas respectivas acciones habían entonces escapado a nuestras ingenuas miradas.

Entre las tres garras la rondela gris acababa de soltarse, arrastrada por su varilla, y de nuevo un milímetro la separaba de la azul. Enseguida, demostrando con eso que la imantación había desaparecido, el diente impregnado de nicotina que había seguido al aparato en su trayectoria aérea se desprendió del dorso de la rondela azul y cayó al suelo, donde llenó

en parte un punto inacabado del mosaico. El color del recién desembarcado armonizaba con el de los dientes vecinos, y el cuadro avanzó un poco con ese mínimo aporte colocado en un sitio correcto.

La lente efectuó un cuarto de giro en el sentido habitual y las emanaciones de la sustancia ocrácea, lumínicamente calentada, inflaron la membrana. El globo se elevó, mientras la lente giraba de nuevo y la aguja-extensible volvía a la garra que le servía de estuche. La brisa seguía manteniendo la misma dirección, y el *martinete* prosiguió su curso en línea recta hasta una solitaria y lejana raíz rosa, fina y puntiaguda, sobre la cual una maniobra de la válvula lo hizo descender y posarse.

Canterel tomó entonces la palabra para explicarnos la razón de ser de aquel extraño vehículo aéreo.

El maestro había llevado hasta los últimos límites de lo posible el arte de predecir el tiempo. El examen de muchísimos instrumentos prodigiosamente sensibles y precisos le daban a conocer con diez días de antelación, para un lugar determinado, la dirección y fuerza de cualquier corriente de aire, y también la aparición, las dimensiones, la opacidad y el potencial de condensación de la más pequeña nube.

Para poner de relieve la extrema perfección de sus pronósticos, Canterel imaginó un aparato capaz de crear una obra estética debida únicamente a los efectos combinados del sol y el viento.

Había construido el *martinete* que teníamos ante los ojos proveyéndolo de cinco cronómetros superiores encargados de regular todas sus evoluciones: el colocado a más altura abría y cerraba la válvula, mientras que los otros, accionando los espejos y la lente, se ocupaban de inflar por medio de los rayos solares la carcasa del aerostato, gracias a la amarillosa sustancia, que, debido a un especial preparado, exhalaba ante cualquier efecto calórico una cierta

cantidad de hidrógeno. El propio maestro había inventado aquella ocrácea composición, cuyos efluvios ascensionales se producían únicamente cuando la lente concentraba en ella los rayos del esplendente astro.

De ese modo, Canterel tenía un instrumento que, sin ninguna otra ayuda que la del sol más o menos despejado, podía, aprovechando alguna corriente atmosférica prevista con mucha antelación, llevar a cabo un trayecto preciso.

Después, el maestro indagó sobre la materia a emplear para concebir su obra de arte. Le pareció que sólo un delicado mosaico sería susceptible de provocar un extremo vaivén del aparato. Además, era necesario que los fragmentos multicolores, por medio de una imantación intermitente, pudiesen ser -uno a uno- atraídos y después soltados por la parte inferior del pisón. Canterel, finalmente, decidió utilizar un descubrimiento que había hecho unos años antes, y, que, en la práctica, había dado excelentes resultados.

Se trataba de un curioso sistema que permitía extraer los dientes sin ningún sufrimiento, evitando el empleo peligroso y nocivo de cualquier anestésico.

Tras arduas investigaciones, Canterel había obtenido dos metales muy complejos, que, al ponerlos en cercanía uno del otro, provocaban una instantánea imantación, tan especial como irresistible, cuyo poder se ejercía únicamente sobre el elemento calcáreo que compone los dientes humanos.

Uno de esos metales era gris, el otro tenía reflejos de un azul acerado. Recortando de cada uno de ellos una redola de un milímetro de radio, había fijado el gris a un esbelto mango rígido un poco oblicuo a su plano, mientras que el contorno del azul -a distancias simétricas-, había hundido las puntas de tres cortas varillas horizontales y divergentes, afirmadas

por el otro extremo a la circunferencia superior de un pequeño cilindro provisto de un delgado mango. Llegado el momento, empleando indistintamente sus dos manos, introducía el cilindro en la boca del paciente, apoyaba sus bordes inferiores, gruesos y no cortantes, en los dientes que estaban al lado del que quería extraer, después acercaba la rodela gris, y la acoplaba con absoluta precisión a la azul. Enseguida se producía la imantación, tan brusca y poderosa que el diente enfermo, obedeciendo al impulso, abandonaba su alvéolo sin darle al interesado tiempo para sentir la menor sacudida torturante: y se precipitaba hacia la rodela azul entrando en el cilindro, que, de platino integral como las tres varillas, era de una resistencia a toda prueba. Cuando se trataba del maxilar inferior, el cilindro se apoyaba normalmente, con la rodela azul arriba; por el contrario, en caso de que fuera la mandíbula dominante la que estuviese en juego, la maniobra, aunque similar, exigía la inversión completa del cilindro y de la rodela gris. Para las bocas desgarnecidas, si la falta de un diente perjudicaba el sostén, el maestro, para una aplicación tan simple, elegía entre una variedad de paralelepípedos de marfil el que, por su altura, fuese el mejor sustituto; el cilindro, instalándose por un lado en un diente, y por el otro en el marfil, ofrecía así la oposición requerida. Cuando un completo vacío rodeaba el diente mórbido, doblemente aislado, eran necesarios dos paralelepípedos. En presencia de dos dientes de apoyo de tamaño desigual, Canterel recurría a un surtido de minúsculos cuadrados marfileños de distintos grosores, uno solo de los cuales, puesto sobre el más bajo, establecía -durante el instante crítico- una perfecta similitud de niveles.

Como natural efecto de la especial combinación atómica que la engendraba, la imantación sólo se ejercía sobre el lado interiormente oscurecido al princi-

pio por el cilindro, dentro del campo estricto de un impecable tubo imaginario de longitud indefinida, cuyo eje atravesara el centro de las dos rodela y cuyo diámetro fuese igual al de ellas. Así, pues, se evitaba el riesgo de que la rodela gris atrajera algún diente de la mandíbula no interesada, y la azul sólo proyectaba su acción sobre una parte del diente enfocado, sin molestar en absoluto a los que estaban cerca; esta acción circunscrita, dada su extraordinaria intensidad, era suficiente para lograr el resultado que se pretendía, y completamente indolora a causa de su instantaneidad. Una vez extraído el diente y adherido a la rodela azul, Canterel desacoplaba enseguida la gris, por temor a que la imantación, que -como había comprobado de modo experimental- podía persistir a pesar del obstáculo, afectara accidentalmente una parte sana de la dentadura a causa de un torpe movimiento del intervenido o de él mismo.

Aquel procedimiento, muy pronto conocido, había llevado a *Locus Solus* una muchedumbre de visitantes doloridos, que, después, lo abandonaban encantados por la manera rápida y comfortable con que les habían extirpado la causa de su dolor sin sufrir molestia alguna.

El maestro había ido acumulando sin orden los dientes extraídos por su arte y nunca tuvo posibilidad de ocuparse de aquella embarazosa reserva, cuya destrucción se había aplazado constantemente. Con la aparición del nuevo proyecto bendijo aquellos retrasos sucesivos, que ponía a su alcance un elemento utilizable y práctico.

Decidió dedicar entonces aquel stock de dientes a la ejecución de su mosaico. Sus matices y contornos eran lo bastante diversos como para prestarse a esa fantasía, y la mayor o menor viveza de las manchas de sangre en las raíces, junto a los reflejos brillantes de las aurificaciones y empastes,

le proporcionaría una riqueza aún más decantada. El maestro fijó delicadamente a la parte inferior del pisón –entre tres garras que servían de soporte– dos nuevas rodelas semejantes a la que empleaba para las intervenciones dentales. Sin embargo, esta vez había regulado la composición de los dos metales de modo que originasen una imantación menos agresiva; pues sólo se trataba, en efecto, de recoger los dientes esparcidos por el suelo, y no de extirparlos de sus alvéolos; al trasladar su ligero botín de un lugar a otro, dos rodelas tan fuertes como las primitivas arrastrarían, durante el trayecto aéreo, todos los dientes expuestos a su campo de atracción, y uno a uno saltaría verticalmente para unirse con el anterior; pero esa grave distorsión ya no era de temer, pues las rodelas nuevas –idénticas a las primeras en tamaño y color individual– apenas tenían la fuerza necesaria para atraer desde cerca un diente exento de resistencia. Un cronómetro colocado en la parte inferior de una barra de aluminio debía –poniendo en marcha un fuste vertical– determinar a su vez, para esos momentos precisos, el acople o la separación de los dos metales y conseguir así que la imantación fuese intermitente.

Canterel hubiese alcanzado resultados análogos empleando para el mosaico trozos de hierro dulce de distintos colores, que hubiera podido captar un electroimán sin dificultad y después soltar por efecto de una corriente discontinua.

Para ese procedimiento necesitaría instalarse en el pisón volante un laborioso y pesado sistema de baterías, no exento de graves inconvenientes.

Así, pues, el maestro se decantó por la primera idea, que, explotando de modo original el antiguo hallazgo del que se sentía muy orgulloso, lo seducía, además, por ese lado imprevisible que le otorgaría a la proyectada composición el empleo de fragmentos recortados y pintados por el azar, una vez

excluida cualquier voluntad o premeditación artística.

Tras haber completado el *martinete* agregándole una enorme aguja imantada, Canterel se vio todavía ante una condición que era indispensable cumplir: el aparato nómada tenía que mantener una verticalidad perfecta durante sus incursiones en las distintas zonas de la futura obra. Ahora bien, cuanto más avanzase el mosaico, mayor sería el riesgo de que las tres garras-sostén destruyeran el equilibrio general al tener que apoyarse en dientes; el pisón, al inclinarse, comprometería seriamente la precisa orientación de los espejos de evolución regular, y una nueva ascensión se haría imposible.

Para zanjar esa cuestión de vital importancia, Canterel ahuecó la parte baja de las tres garras e introdujo en cada una de ellas un cronómetro de pequeño módulo, cuyos engranajes, en el momento adecuado, movilizarían una aguja interna de punta redonda capaz de bajar temporalmente.

Cuando una garra se apoyase en un diente que formara ya parte del mosaico, las otras dos serían -con antelación- prolongadas por sus agujas respectivas hasta el suelo; si, en ocasiones, fuesen dos las garras apoyadas en dientes, sólo se valdría de su aguja la restante.

Las finas varillas anexas se estirarían -más o menos- según el nivel de los dientes, de grosor muy variado. En efecto, molares y colmillos, dientes de adulto y dientes de leche darían, una vez posicionados, un enorme número de alturas diferentes, tanto mayor según la particularidad de cada mandíbula. Este hecho no empañaría el resultado final, pues una simple desigualdad de la superficie no afectaría al vigor pictórico del mosaico; pero Canterel debería poner, además, un gran cuidado suplementario para regular cronométricamente las tres agujas; entre un molar de hombre y un incisivo de niño, para agarrar

los dos extremos, el desnivel sería relativamente considerable, y, según que una de las garras eligiera uno u otro, las dos restantes deberían impulsar a su apéndice interior a un trayecto -bien largo o corto- para alcanzar el suelo; además, cada vez que dos garras alcanzasen simultáneamente dos dientes de espesor desigual, una de ellas debería recurrir a su aguja; durante los últimos días, cuando las tres garras a la vez -en el momento de rellenar algún espacio aislado- se abatiesen sobre tres dientes, se verá a menudo la intromisión de uno o dos apéndices móviles, a pesar de la completa ausencia de contacto con la tierra.

Por mor de estas particularidades, la puesta a punto de los tres cronómetros inferiores exigía un arduo trabajo. Afortunadamente, el maestro -en lo relativo a las agujas prolongables- sólo tenía que preocuparse por el emplazamiento del futuro mosaico y no por el entorno, donde, al no faltarle espacio, sembraría los dientes de tal manera que el *martinete*, al recoger cada uno, podría apoyar naturalmente los tres garfios en el suelo. Condicionado por la orientación de las corrientes atmosféricas susceptibles de ser utilizadas, Canterel, al menos, podría elegir a su antojo, dentro de una línea recta indefinida, el punto de llegada de cada trayecto aéreo dirigido hacia el exterior de la composición dental; para eso sólo tenía que accionar más o menos rápido el cronómetro de la válvula. Esa libertad le permitiría evitar, incluso desde el comienzo de la experiencia, cualquier amontonamiento en el amplio espacio destinado a vaciarse poco a poco, y en la fase prensil de su tarea el pisón nunca emplearía las lanzaderas interiores de las garras.

Canterel -para la obra de arte a ejecutar- eligió un tema oscuro a causa de los tonos pardos y amarillosos que dominarían forzosamente en los materiales del mosaico; según su criterio, el elemento más pro-

picio sería una escena pintoresca en el seno de una profunda gruta tenuemente iluminada, y recordó a ese propósito un cuento escandinavo que Ezaías Tegner titula *Den Rytter* –en su *Frithiofs Saga*–, cuento popular y moral que, ajustándose cabalmente a sus intenciones para el episodio principal, inspiró la siguiente traducción del folclorista francés Fayot-Roquensie.

Hacia 1650, un rico señor noruego, el duque de Gjörtz, se había enamorado locamente de la bella Christel, mujer de uno de sus vasallos, el barón de Skjelderup.

Gjörtz mandó llamar al jinete Aag, bándido sin escrúpulos, que, siempre que se le pagase bien, no retrocedía ante nada.

En términos apasionados, el señor feudal expuso el irresistible amor que le oprimía el corazón: y le prometió al jinete una fortuna el bendito día en que, gracias a un discreto rapto, le entregara sola e indefensa a aquélla cuya imagen lo atormentaba hasta en sueños.

Con el fin de evitar cualquier compromiso, Gjörtz se cubriría con un antifaz para satisfacer su deseo. Sabiendo que una queja dirigida al rey lo expondría a las más infaustas represalias, quería privar a Christel de pruebas y hasta de sospechas.

Aag se puso en campaña y fue a alojarse en las proximidades de la residencia del señor feudal, a la espera de la ocasión favorable.

Una noche, emboscado en el parque del castillo que espía sin cesar, el jinete vio a Christel, a quien los azares de un paseo solitario habían conducido cerca de él. En el momento oportuno, saltó sobre la infortunada joven, pero sus manos no pudieron sofocar el primer grito.

Skjelderup oyó aquella exclamación de socorro, y, tras reclamar la ayuda de algunos criados, llegó a

tiempo de librar a su cónyuge y hacerse con el agresor.

Por orden del castellano -ciego de ira-, Aag fue arrastrado al instante hasta el fondo de una enorme cripta que, extendiéndose bajo los jardines, tenía precisamente su entrada secreta en medio de un macizo cercano al lugar del atentado.

Aquel escondite, inutilizado desde hacía tiempo, comunicaba antaño con los sótanos del castillo, y podía servir -en caso de un ataque victorioso- de ignorado refugio a un personal numeroso, dejando siempre la posibilidad de una huida nocturna por la salida del macizo.

Una vez que hubo llegado al centro de la caverna con su gente y el prisionero, Skjelderup hizo plantar en aquel suelo compuesto de una greda fácilmente penetrable, una rama resinosa recogida y encendida antes del descenso.

Un estanque corrompido saturaba la gruta de humedad y gases malsanos.

Abandonando al jinete en el silencioso retiro destinado a servirle de tumba, el barón subió por el mismo camino, seguido por sus servidores, que, en su presencia, sellaron la entrada de la cripta con la ayuda de inmensas piedras rojas, demasiado pesadas para los brazos de un hombre solo; esos materiales provenían de una rocalla artística casi en ruinas que bordeaba -no lejos de allí- uno de los senderos del parque.

Hacía ya medio siglo que la comunicación subterránea con el castillo estaba obstruida por los derrumbamientos, y nada podía sustraer al condenado de la muerte lenta y cruel que le esperaba, lejos de cualquier socorro humano.

Después de haber intentado -vanamente- mover las piedras rojas amontonadas sobre la abertura que le dejaría el paso libre, el jinete se puso a recorrer el vasto encierro, cuyo minucio-

so examen le arrancó de golpe cualquier esperanza de evasión.

Durante aquel reconocimiento, encontró en un sombrío rincón un libro antiguo -herrumbrado en parte-, único vestigio más o menos entero de un lote de volúmenes lamentables arrojados allí como basura y casi destruidos por el moho o las ratas.

De vuelta junto a la antorcha, examinó la obra y vio el título siguiente: *Florilegio de Kaempe Viser, publicado para la reina Sofía por Sorenzon Wedel - 1591.*

Con la esperanza de que la lectura ahuyentara por un instante los lúgubres pensamientos que lo asaltaban, Aag se tumbó en el suelo, abrió el libro al azar y dio con esta ingenua leyenda, titulada *Cuento de la bola de agua.*

Hace mucho tiempo, vivía cerca de Eisvold el príncipe Rolfsen, conocido por su grandeza de alma y su lealtad.

Dueño de inmensas riquezas, Rolfsen adoraba a su hija Ulfra, adolescente pura de virtudes proverbiales; en cambio, se vio obligado a repudiar a sus once hijos, jóvenes pérfidos, de instintos viles y crueles.

A la muerte de Rolfsen, la juiciosa Ulfra, aunque era la más joven, entró en posesión de todos los bienes del padre, que la había nombrado heredera única.

Los once hermanos, locos de rabia, fueron en busca de la malhechora hada Gunvere y le suplicaron que hiciese morir a Ulfra mediante algún sortilegio.

Ganada al instante para la mala causa de los jóvenes hermanos, el hada, lamentándose, dijo que su poder era muy limitado para provocar directamente la muerte de la muchacha. Sólo podía metamorfosearla en paloma durante el espacio de un año,

en el curso del cual los once hermanos podrían matarla con facilidad si conseguían descubrirla en el *Fuglekongerige* –o *Reino de los Pájaros*– lugar apartado en donde pasaría todo su tiempo de exilio.

Los jóvenes aceptaron el ofrecimiento de Gunvere, que, tras haber susurrado una fórmula mágica, les anunció que Ulfra, súbitamente transformada en paloma, acababa de emprender el vuelo dejándoles el campo libre para hacerse con los tesoros.

Con mil recomendaciones, el hada les entregó una jaula con un pardillo, que, una vez suelto, debía guiarles, revoloteando, hasta el reino de los pájaros: después les enseñó una palabra cabalística que habría de protegerlos de un peligro mortal en el momento de alcanzar su objetivo.

En efecto, el *Fuglekongerige* estaba guardado por un genio terrible que, bajo la forma de una bola de agua aérea, de mediano grosor, impedía el acceso de los cazadores arriesgados.

Cualquier ser vivo que fuese rozado por la sombra de la extraña bola moriría al instante. El peligro también persistía durante la noche, donde, en el cielo siempre puro de aquel clima privilegiado, la claridad que destellaban la luna o las estrellas hacía difícil la ocultación.

Pronunciada en voz alta, la palabra mágica revelada por Gunvere obligaría al globo líquido a alejarse.

Los once hermanos se despidieron del hada, que les recomendó que se dieran prisa, porque, si no le quitaban el ánima, Ulfra, al cabo de un año, abandonando rauda el *Fuglekongerige* recobraría su forma primitiva para ocupar de nuevo su rango y gozar de su fortuna en detrimento de los expoliadores.

Así, pues, lo que primero hicieron los jóvenes fue tomar posesión de las riquezas paternas, que la desaparición de su hermana acababa de dejar disponibles.

Olvidando que Gunvere les había instado a apresurarse, llevaron durante casi todo un año una vida de loca disolución, derrochando el oro a manos llenas y disfrutando del feliz presente sin preocuparse del futuro.

Algunos días antes de la fatídica fecha, recordando de pronto el peligro que los amenazaba, se pusieron en camino después de soltar al pardillo, en cuya jaula, desde el primer momento, no faltaron regularmente las semillas más nutritivas y variadas.

Siguiendo al pájaro que, seguro de su camino, volaba en una dirección fija, recorrieron muchas y largas etapas y llegaron al fin a un bosque inmenso colmado de aleteos y trinos. El pardillo se detuvo, indicándoles así que habían llegado al Fuglekongerige.

El día era espléndido y el sol fulguraba en un cielo radiante.

De repente los once hermanos, despavoridos, vieron aparecer la bola de agua anunciada por el hada; en vano trataron de recordar la palabra que les serviría de amuleto, pues hacía ya mucho tiempo que la habían olvidado entre tantas orgías.

La bola se acercaba, dibujando en el suelo una sombra pálida que primero eclipsó al pardillo, limitado por la fatiga a saltar penosamente sin poder valerse de sus alas. El pájaro, como fulminado, cayó muerto sin tiempo de haber podido exhalar una queja.

Entonces dio comienzo una cacería espantosa. Los jóvenes, despavoridos, intentaban huir a la amenaza aérea que los perseguía encarnizadamente. La lucha -dada la celeridad con que el globo líquido burlaba las fintas intentadas por los condenados para sustraerse a su sombra mortal- no podía prolongarse demasiado.

Pero, desde hacía unos instantes, una paloma, elevándose por encima del Fuglekongerige, se dirigía volando hacia el lugar abierto donde se desarrollaba la angustiada escena.

Sobrevolando la esfera para evitar su letal sombra, la recién llegada, bajando el pico, bebió ávidamente hasta la última gota del agua nómada y terrible. Los once hermanos, comprendiendo que se encontraban ante Ulfra, se arrodillaron, emocionados y arrepentidos.

La paloma, guiándolos en lugar del pardillo, los puso sobre el camino de regreso, por donde la siguieron dócilmente.

Cuando ya avistaban el dominio familiar, la dulce Ulfra -una vez cumplido el tiempo maléfico- recobró su forma femenina: y dijo unas conmovedoras palabras de reconciliación, tendiéndole los brazos a sus hermanos, cuyas tenebrosas intrigas había sabido desvelar.

Los jóvenes, arrepentidos, vivieron a partir de entonces con su hermana, quien, de nuevo en posesión de sus inmensos bienes, los colmó de dádivas y ternura.

En el fondo de la gruta donde el barón Skjelderup lo había enterrado vivo, Aag -gracias a la lectura- había podido olvidar un poco.

Sintiendo que lo ganaba el sueño, dejó el volumen cerca de él, y, relajado el cuerpo, no tardó en dormirse.

Un sueño, inspirado por el texto que acababa de leer, pronto le mostró a los once hermanos de la leyenda despavoridos por la bola de agua, cuya sombra fundía mortalmente al pardillo orientador, mientras que -a lo lejos-, una nivea paloma se lanzaba a socorrer a sus perseguidores.

Poco a poco la paloma se acentuó más, y el jinete se sintió rozado por ella. Al abrir los ojos, vio a su lado a Christel, que le apretaba la mano para despertarlo.

En pocas palabras, la muchacha le refirió los acontecimientos que habían seguido al bloqueo con piedras rojas del orificio de la cripta.

Obsesionada por la idea de la muerte atroz que le estaba reservada su agresor, Christel había cogido de la biblioteca del castillo y llevado a su habitación algunos viejos manuscritos cubiertos de planos e indicaciones, relacionados con la muy antigua construcción de la propiedad de los Skjelderup.

Esperaba encontrar en aquellos documentos la descripción reveladora de algún pasaje clandestino, lo bastante transitable para permitirle llegar sola hasta el jinete, evitando el riesgo de indiscreción a que la hubiese expuesto cualquier ayuda extraña.

Tras minuciosas investigaciones pudo llevar a cabo la realización de sus deseos.

Después de memorizar cada término de un largo párrafo complejo y preciso, a medianoche descendió a los sótanos del castillo, y, alzando mucho la mano, apretó un resorte invisible oculto por una de las numerosas asperezas de un muro oscuro y rugoso.

Pronto, una losa del suelo se elevó –sin oscilar– a bastante altura, y después se detuvo, sostenida en su alvéolo por cuatro gruesos fustes verticales; la ranura descubierta estaba llena de agua.

Christel apretó un nuevo resorte, más a la derecha, en la misma zona del muro, y entonces el agua –bajando– dejó al descubierto unos escalones que llevaban a un corredor subterráneo. La muchacha se internó en el oscuro túnel, entre el goteo del agua que, un momento antes, cubría toda la extensión.

Desembocó así en la cripta del jinete, exactamente bajo el desagüe del estanque; con el descenso inicial de sus aguas –debido al segundo resorte pulsado–, el túnel, finalmente, acabó por vaciarse. Moviéndose con cautela por un resalte de suave pendiente llegó al mismo antro: y pudo acercarse al prisionero para sacarlo de su pesado sueño.

Conmovido por aquel relato, Aag se sorprendió, sin embargo, de la relación establecida en última instancia por su sueño entre Christel y la blanca paloma, pues llegó a creer que ésta lo rozaba en el instante del contacto liberador que lo había despertado. En ambos casos, la inocencia vilmente perseguida acudía, triunfal, a socorrer al instrumento mismo de sus males o peligros.

Mientras que él se entregaba a esas reflexiones, Christel, no sin indicarle que la siguiera, volvió a ganar –por el mismo resalte–, el pasaje subterráneo abierto en la húmeda pared del estanque.

Después de un trayecto silencioso, ambos salieron por la misteriosa ranura disimulada en los sótanos del castillo.

Accionando sucesivamente al pie del muro –a la derecha y a la izquierda– dos resortes todavía no utilizados que coincidían verticalmente con los dos primeros, Christel provocó primero el retorno de las aguas que, alcanzando su nivel anterior, probaron que el estanque de la gruta se había llenado de nuevo hasta el borde; y, después, el descenso de la losa, cuya masa regular cerró herméticamente el angosto y oculto agujero.

La joven admiró la previsión con la cual el arquitecto había ideado antaño ese pasaje secreto, útil para una huida desesperada aun en tiempos en que una simple puerta –libre de escombros pero susceptible de ser fácilmente obstruída por un invasor perspicaz– separaba la cripta del castillo. Mentalmente vio el mecanismo oculto, cuyo funcionamiento –que había descubierto en las páginas hojeadas horas antes en la biblioteca– se debía a diversos estratos del subsuelo comentados en un texto preciso: un corredor subterráneo unía el estanque con el lago Mjösen, que se extendía al mismo nivel a unos tres kilómetros al este; el segundo resorte, durante todo el tiempo que se mantenía apretado, soltaba el cho-

ro de un conducto hidráulico dentro de un recipiente que, una vez cargado, descendía formando un contrapeso; accionado de ese modo, un delicado sistema de bielas y palancas obstruía el corredor, abriendo al mismo tiempo un desagüe horadado a dos metros de profundidad en una de las paredes del estanque que de inmediato se vaciaba parcialmente en un pozo natural; era entonces cuando la comunicación se hacía practicable entre la cripta y el castillo, por mor del descenso de las aguas. El tercer resorte, apretado con fuerza, hundía inevitable y temporalmente el resistente obturador –con retroceso automático– de un orificio dispuesto en la base del recipiente, que, pronto vaciado de todo su líquido, volvía a su primitivo emplazamiento, mientras que bielas y palancas, destruyendo su trabajo anterior, cerraban el desagadero del pozo y liberaban el corredor, por el que el lago Mjösen volvía a llenar el estanque. Por lo demás, era a través de un principio análogo de contrapeso hidráulico –de llenado y vaciado– como el primer y cuarto resorte movían la losa.

Llevando al jinete por oscuras escaleras, Christel, con dos llaves que antes se había procurado, abrió la puerta de la escalinata, y, después, la del parque, y le concedió a su agresor tanto la completa libertad como el perdón.

En vez de aprovechar aquella tentadora ocasión y perpetrar el rapto por el que hubiese conseguido una fortuna, Aag, aún bajo la influencia de aquel arrepentimiento de los once hermanos descritos en los *Kaempe Viser*, se arrodilló ante Christel para expresarle su arrepentimiento y gratitud.

Después se perdió en la noche, mientras la joven regresaba silenciosamente a sus aposentos.

Canterel –adoptando ese tema que la sombría y deseada cripta le proporcionaba–, eligió en su par-

que un emplazamiento despejado, notable por la inestabilidad direccional de los vientos que lo recorrieran. Aquellos continuos cambios sólo podían favorecer los numerosos vaivenes que el *martinete* debería llevar a cabo para la realización del cuadro. Hizo allanar con una rigurosa perfección todo el espacio que se proponía utilizar, y, después, aguardó pacientemente la aparición -en sus pronósticos- de un futuro periodo de doscientas cuarenta horas que, comenzando al final de un atardecer, no implicase ni lluvia ni tempestades. El experimento no podía, en efecto, concebirse con un viento excesivo, y unas lluvias más o menos intensas hubiesen entorpecido muchas combinaciones al hacer más pesada la carcasa del aerostato y empañar lentes y espejos. Llegado el momento, trasladó al emplazamiento elegido el pisón aéreo, así como una voluminosa caja con los dientes extraídos por él desde el descubrimiento de los metales imantados.

Allí, con sus previsiones metereológicas a la vista, se entregó -durante toda una noche de arduo trabajo- al discernimiento sin errores de las múltiples y sutiles tonalidades de aquel material dentario, sirviéndose de la extraña y prodigiosa luz de un foco especial, que, poco antes inventado por él, había revolucionado el mundo de talleres y academias al permitir que cualquier pintor trabajase después de la aparición de las estrellas, y éso con la misma seguridad que en pleno día.

Deliberadamente había decidido el atardecer como punto de partida de las proféticas veinte vueltas de las manecillas del reloj, con el fin de disponer -para sus complejos preparativos- de largas horas de oscuridad forzosamente inútiles para el *martinete*, que, comenzando su tarea al alba siguiente para terminarla en el rocío crepuscular del décimo día, sin merma alguna emplearía toda la parte diurna y utilizable de las predicciones acotadas.

Dispuesto a no perder un instante, se aplicó en la realización de su obra de arte, con la mirada puesta a veces en un modelo pintado al óleo –según sus indicaciones– por un experto retratista, que había distribuido cada color en áreas más o menos grandes de acuerdo al número de dientes o raíces que lo representaban. Dejando libre el emplazamiento del futuro mosaico, dispersó sagazmente en los límites extremos aquellas piezas dentales de todos los matices, de modo que estuvieran dispuestas para ser imantadas en los diferentes peregrinajes del *martinete*.

Con anterioridad, los dientes habían sido hábilmente orientados según el sentido exacto que les adjudicaban en el cuadro sus diversos contornos, igual que las raíces, siempre separadas de la corona –durante el proceso– mediante un corte hecho con una pequeña sierra *ad hoc*.

Canterel, al tiempo que llevaba a cabo la absorbente siembra, regulaba, a la milésima de segundo, las futuras y delicadas intervenciones de un mecanismo suplementario y motor del que había provisto a los nueve cronómetros, los cuales, una vez en funcionamiento, marcharían doscientas treinta y tres horas completas, tiempo de precaución un poco superior –considerando la fase solar del año– y cuya aventura viviría entre el primer amanecer y el último crepúsculo.

Dado que debía levantarse una brisa en determinada fracción de minuto y orientarse en cierto sentido, la lente, movida por su cronómetro especial, concentraría los rayos solares sobre la amarillosa sustancia y mantendría más o menos tiempo su posición calorífera según la pureza de la atmósfera y la fuerza térmica del astro brillante, proporcional a la curva de su evolución, y, sobre todo, según la opacidad relativa y el tiempo durante el que una nube cualquiera pudiese ocultar el disco resplandeciente. En aquella

parte del trabajo relacionado con la lente, el maestro había tenido en cuenta, de una vez por todas, las delicadas sombras que algunos hilos de la red proyectarían sobre la ocre materia.

El ajuste cronométrico de la válvula requería un gran cuidado. Algunas rachas violentas hubiesen podido arrastrar el pisón durante su tiempo de inactividad, y, por tanto, se haría necesario a veces desinflar el globo de manera parcial, independientemente de sus trayectos aéreos, con el único fin de hacer más pesado el conjunto y conseguir una estabilidad más resistente. Ese detalle tendría una repercusión directa en el trabajo de la lente, que después estaba obligada a calentar más tiempo la amarillosa mezcla para compensar las pérdidas de hidrógeno.

En la parte baja, resultó más fácil poner a punto la tarea de las dos rodela encargadas de atraer -y después soltar- los dientes. En cambio, la disposición de los tres cronómetros dedicados a las percusiones internas de las garras sometió a Canterel a cálculos agotadores. En cuanto a los espejos, sus desplazamientos, perfectamente regulares, se limitarían a seguir el curso del sol; mecánicamente, su orientación general iba a cambiar un poco cada día, debido a la cotidiana modificación que en el curso aparente del astro radiante habría de introducir la inclinación del plano del ecuador respecto del de la elíptica.

El aparato debía permanecer estacionario entre la puesta y la salida del sol -evitándose cualquier retoque-, pues los cronómetros serían regulados con antelación hasta el último día. Las esferas, que a propósito se dejarían visibles, permitirían saber constantemente si los movimientos, libres de la menor perturbación, seguían ofreciendo todos la misma y verdadera hora.

Canterel terminó sus preparativos con el canto del gallo y llenó entonces el aerostato con una provisión

equilibrante y fundamental de hidrógeno, obtenida rutinariamente sin tomarla de la ocre sustancia. Aprovechando todos los caprichos posibles del viento, el pisón acabaría el mosaico al anochecer del décimo día, reproduciendo exactamente, a mayor escala, el modelo hecho al óleo, salvo cuatro delgadas bandas exteriores que faltarían, respectivamente, a cada uno de los lados, sin que esa insignificante ausencia -conscientemente preferida a cualquier otra- entrañase ningún perjuicio para el tema en su conjunto. Así, pues, Canterel no utilizó esos dientes destinados en principio al borde del cuadro y que fueron abandonados como desecho, y el maestro, que había anunciado públicamente sus proyectos, mandó abrir las puertas de su dominio para que -a cualquier hora-, pudiesen acudir testigos a ver los ligeros periplos del instrumento y corroborar que no había allí ningún truco. Una cuerda tendida y atada a unas estacas formaba en torno al cautivador espacio un obstáculo poligonal, adecuado para mantener a los visitantes a una distancia suficiente y que las corrientes de aire no se viesan así ni mínimamente entorpecidas. Finalmente, el *martinete* fue colocado por encima de un canino de color isabelo, donde esperaba el instante de utilizar *motu proprio* el primer impulso favorable.

El experimento, a punto de concluir, estaba ahora en su séptimo día, y hasta aquí el aparato nómada -gracias al maravilloso ajuste de los cronómetros-, había transferido dientes o raíces a los lugares adecuados. Los trayectos, en ocasiones, se sucedían con demasiada rapidez por mor del caprichoso empuje del viento; también con frecuencia, cuando la brisa se eternizaba en una misma dirección, el aparato esperaba durante horas la ocasión de reemprender el vuelo. De vez en cuando, aparecían pequeños grupos de extraños, y, desde que Canterel comenzó

a hablarnos, fueron muchas las personas que se acercaron discretamente para contemplar la próxima ascensión del aerostato.

Cuando el maestro concluía su improvisada conferencia, un ruido seco, que ya conocíamos, hizo que nuestra atención recayera en las tres garras que sostenían el *martinete*. Acusando el empuje de su fuste, accionado por el mecanismo suplementario del cronómetro situado en la base de la barra, la rondela gris, descendiendo de nuevo, acababa de acoplarse con la azul, a la que ahora se adhería, atraída por la repentina imantación, la raíz que poco antes había servido de objetivo al aparato.

La lente pivotó como de costumbre para crear un suplemento de hidrógeno; después, giró en segunda instancia mientras el pisón alzaba el vuelo, sustrayendo la raíz.

Una suave brisa empujó el *martinete* hacia la enhiesta pluma que lucía el sombrero del reitre; la válvula entró en acción en el segundo propicio, y, el aparato, posándose, soltó –por separación de las rondelas– su endeble y ligera presa, acotando así un espacio rosicler que, sutilmente degradado, formaba el borde de la pluma, cuya arista central estaba hecha de raíces escarlatas. Comoquiera que las garras habían encontrado tres soportes coralinos de similar altura, ninguna de las finas prolongaciones interiores llegó a dispararse.

Muy poco después la lente ejecutó una nueva maniobra generadora de poder ascensional, seguida de un segundo giro de noventa grados; invariablemente, esas evoluciones parciales se efectuaban en el sentido de las agujas del reloj.

El pisón, continuando en línea recta sobre el eje de su última trayectoria, fue a caer, gracias a la válvula, sobre un maravilloso canino más blanco que una perla, que, según dijo Canterel, provenía de la deslumbrante dentadura de una encantadora americana.

En el momento de efectuarse la imantación debida al acoplamiento de las rondelas, una nube fugaz cubrió por completo el disco solar, originando diferentes perturbaciones en las capas de aire, donde dio inicio la circulación de nuevas corrientes.

La lente regresó con celeridad a su posición activa. El paso de aquel velo de bruma ya lo había previsto desde un comienzo Canterel, que a ese fin dejó reguladas consecuentemente las funciones del cronómetro en juego. La fase militante del cristal concentrador se prolongó, pues, mucho más que las dos veces precedentes, cuando, al no verse menguada la fuerza del sol por ningún vapor, algunos segundos habían sido suficientes para originar una copiosa dosis de hidrógeno.

Una vez concluida la maniobra reductora, el *martinete* emprendió una silenciosa elevación, y, gracias a una súbita racha de viento, fue a abatirse sobre la paloma del sueño, para completar así el extremo de un ala poniendo el canino blanco en el lugar exacto. En esta ocasión, obedeciendo a su cronómetro, la aguja interna de una de las garras se había alargado mucho a fin de apoyar la inofensiva punta en el suelo; gracias a ella se pudo salvaguardar el equilibrio, ya que las otras garras se habían apoyado, a más altura, sobre dos dientes de parecido nivel.

El aerostato, que acababa de ser desinflado por la válvula, volvió a rellenarse y se elevó por mor de una prolongada intervención de la lente, y, mientras que la aguja-prolongadora se ocultaba mecánicamente en su garra, el aparato, perseverando en la misma dirección, fue a apoderarse, más lejos, de un característico diente azul, parecido al que -según las crónicas del segundo imperio- deslucía, aunque aisladamente, el espléndido aparato masticador de la condesa de Castiglione, constituyendo así la única y sensacional imper-

fección de aquella belleza por lo demás incomparable.

En ese momento, la nube –deslizándose rauda– dejó de velar el sol, que recobró toda su fuerza.

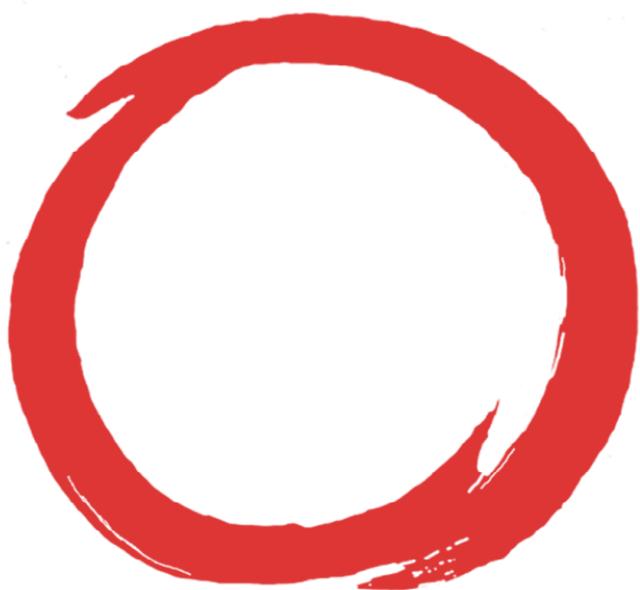
Aquella reaparición señaló el fin de las corrientes contrarias que se habían manifestado durante el pasajero eclipse, y poco después la brisa retomó su anterior orientación.

La lente no necesitó de un gran esfuerzo para provocar el vuelo de la errante máquina, que grácilmente saltó hasta las calzas del jinete, donde la hizo caer una brusca acción de la válvula.

Aquí las garras encontraron tres puntos de apoyo muy escalonados, constituidos por el suelo y dos dientes azul ultramarino de distinto espesor; pero, con anterioridad, bajo la influencia respectiva de sus cronómetros, dos agujas se habían prolongado de manera desigual, y ahora la más larga tocaba el suelo mientras que la otra se asentaba en el diente de menor volumen.

La nueva pieza de tonalidad índiga cayó justamente donde debía, y el globo, pronto dotado de un suplemento de fuerza, prosiguió su rectilínea trayectoria hasta un molar negro, enorme y horrible, en torno al cual el *martinete* plantó suavemente sus tres garras, desprovistas –desde hacía un instante– de aguja visible.

Canterel, entonces, nos puso en antecedentes diciéndonos que, por lo que sabía, –para asistir al próximo nomadeo automático– sería necesaria una espera interminable, y, así, con paso lento, nos condujo a otro lugar de aquella insondable latitud.



Raymond ROUSSEL (1877-1933), poeta y novelista francés cuyas obras están marcadas por una connotación experimental y vanguardista. Su primer libro *La Doublure* le hace experimentar una sensación de "gloria universal de extraordinaria intensidad". El libro, que aparecería el 10 de junio de 1897, fue un completo fracaso. Ese episodio negativo en su vida acabará provocándole una honda depresión, de la que será tratado por el psiquiatra Pierre Janet, el cual describirá su caso en *De l'angoisse á l'extase* (1926). Sin embargo, Roussel persiste en la escritura y se sumirá en complejos ejercicios con las frases y las palabras. André Breton dirá de él: acaba de nacer "el más grande magnetizador de los tiempos modernos".

Entre las obras de Roussel destacan *Impresiones de África* y *Locus Solus*, ambas escritas de acuerdo a búsquedas formales inspiradas en juegos de palabras. Manifestó que: "una obra literaria no tiene que contener nada real, ninguna observación acerca del mundo, nada salvo combinaciones de objetos totalmente imaginarios".

John Ashbery resume así *Locus Solus* en su introducción al ensayo que Michel Foucault escribió sobre el autor: "Un científico e investigador importante –Martial Canterel–, ha invitado a un grupo de colegas a visitar el parque de su finca, *Locus Solus*. Cuando el grupo visita la finca, Canterel les muestra invenciones de una complejidad y rareza cada vez mayores. De nuevo, a la exposición le sigue la explicación, la historia fría de la primera parte dando paso a las innumerables ramificaciones de la segunda. Tras un martinete aéreo formado por un mosaico de dientes y un enorme diamante de cristal relleno de agua en la que flota una chica que baila, un gato sin pelo y la cabeza conservada de Danton, llegamos al pasaje central: la descripción de ocho curiosos *tableaux vivants* que tienen lugar en una enorme jaula de cristal. Aprendemos que los actores son en realidad gente muerta que Canterel ha devuelto a la vida con *resurrectine* –un fluido de su invención–, que si se inyecta a un cadáver hace que represente el episodio más importante de su vida".

Al parecer, Raymond Roussel se suicidó en un hotel de Palermo–, con una sobredosis de barbitúricos–, en 1933, hecho cuestionado por Leonardo Sciascia en su obra *Actas relativas a la muerte de Raymond Roussel*.

MALDOROR ediciones –con la publicación de *Locus Solus*–, incide en su apuesta por las vanguardias literarias y artísticas.